

LA RECIÉN CASADA



(SEMBLANZA ROMÁNTICA)

**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

El pequeño carruaje recorría a buen ritmo el sinuoso camino que bordea el acantilado. Dos hermosos corceles tiraban de él y parecían trotar al compás del corazón de la joven novia que se hallaba cómodamente sentada en el interior del coche. La mirada de Beatriz poseía el indefinido color del misterio. En aquellos momentos, su color era verde, del mismo verde que las aguas del océano que golpeaban con insistencia las paredes rocosas. Sus dorados cabellos, con la suave ondulación de las ondas marinas, estaban parcialmente sujetos por un breve casquete de encaje que cubría parte de su deliciosa cabeza, dejando al descubierto algunos ricillos dorados que aureolaban su frente y, la larga melena se deslizaba ligera hasta alcanzar su fino talle. Su figura era grácil y su piel blanca y delicada. Y como si formase parte de su persona, alrededor del cuello de la joven siempre pendía un antiguo

camafeo en el que estaba grabada la imagen de un niño, moreno y de rostro angelical. Beatriz no recordaba cuándo había aparecido esa bella joya en su vida, pero sin ella adornando su pecho se hubiera sentido desnuda. Era como un precioso amuleto que le proporcionaba seguridad y tenía por costumbre acariciar con sus delicados dedos la suave superficie de marfil siempre que algo la inquietaba.

Durante el largo trayecto, se recreaba contemplando la infinita extensión de los mares y, de vez en cuando, posaba su mirada sobre el sereno rostro de su esposo que, sentado a su lado, mantenía los ojos cerrados sumido en una especie de duermevela, mientras le sujetaba con ternura la mano a su joven esposa.

Desde el momento en que se conocieron, los jóvenes solían mantener animadas charlas. Generalmente coincidían en la música, el arte y la literatura, y aunque a veces discrepaban en sus gustos, sus largas charlas solían ser vivas y apasionadas y su relación era cercana y agrada-

ble. Sin embargo, desde que habían alcanzado el camino del acantilado, los dos guardaban silencio. Era como si ambos sintiesen que se estaban acercando a un lugar mágico. Atractivo y brillante, y a la vez, oscuro y misterioso.

Beatriz y Alfonso se amaban profundamente. El joven no tenía la menor duda respecto al amor que su prometida le profesaba, sin embargo entre ellos existía un vacío tenebroso, una sombra que ocupaba un lugar en el alma de la joven. Un hueco insondable que mantenía borrados algunos espacios de tiempo en la memoria de su esposa, y que nada de lo que había vivido durante sus últimos años había logrado esclarecer.

Cuando Beatriz era todavía una niña y regresaba a su hogar en compañía de sus padres, la nave que los transportaba sufrió un terrible naufragio. Estaban ya muy cerca de la costa y la niña fue uno de los escasos supervivientes de aquella tragedia. Una pareja de mediana edad, cuya mujer era prima lejana de la madre de

Beatriz, se hizo cargo de la pequeña y la educó con la misma devoción y cariño como si se hubiese tratado de su propia hija. La niña tardó algún tiempo en superar emocionalmente el terror que le había producido aquel terrible suceso y la triste pérdida de sus padres, pero con los constantes desvelos y la protección de sus padres adoptivos, logró convertirse en una joven mujer razonablemente feliz y equilibrada. Sin embargo, debido a la situación económica de su nueva familia que había destinado gran parte de sus bienes para proporcionarle a la niña una educación exquisita, se vieron obligados a vender la magnífica mansión que había pertenecido a los padres de la joven y en la que transcurrieron los primeros años de su infancia. Unos meses antes de que Alfonso y Beatriz decidieran contraer matrimonio, el novio pensó que ofrecerle a su prometida como regalo de bodas la antigua mansión de su familia, sería un generoso acto de amor hacia ella. Habló del asunto con sus futuros suegros y llegaron a un acuerdo. En un principio, todos decidieron que el regalo debería ser una sorpresa, sin embargo, a medida que se

aproximaba la fecha de la boda, Alfonso comenzó a sentir un cierto temor. Enfrentarse de golpe con los años de su infancia perdida en el olvido ¿no sería una impresión demasiado dolorosa para su esposa? ¿Podría causarle algún trastorno irreversible? Después de todo, la memoria de la joven había mantenido oculto tras un abismo negro los primeros ocho años de su vida, y, aunque médicos y amigos lo habían intentado, Beatriz, solo recordaba vagamente el mar y el sonido lejano de las olas.

Después de meditarlo durante algún tiempo, Alfonso decidió hablar con los padres de su novia y todos decidieron que era mejor que Beatriz supiera de antemano cuál era el maravilloso regalo de bodas que su prometido le tenía reservado, y unos días antes de la boda, se lo comunicaron a la joven. Todos la observaban expectantes y no fueron capaces de percibir lo que la noticia la había hecho sentir. Su reacción fue, como era de esperar, de sorpresa y de infinito agradecimiento hacia la generosidad que su prometido le demostraba, sin embargo, una ligera

sombra de temor veló por unos segundos su mirada clara.

La boda se celebró como estaba previsto. Y, una vez descubierto el secreto de Alfonso, ambos decidieron pasar en la mansión su luna de miel. Beatriz se mostraba dichosa y deseaba fervientemente ponerle fin al espacio vacío que había en sus recuerdos de infancia. Se sentía segura en compañía del hombre al que amaba, y la fuerza de él alejaba el temor de sus propios fantasmas. Sin embargo, Alfonso, a medida que se acercaban a su meta, comenzó a sentir de nuevo ese angustioso desasosiego que presionaba su pecho. Tenía miedo de que los recuerdos de su trágica niñez, aunque fuesen lejanos, pudieran producir algún efecto devastador en el espíritu de su dulce novia.

Alfonso recordaba el majestuoso aspecto de la gran mansión, con la gris austeridad de los muros de piedra. La altura inalcanzable de los

te-chos de sus habitaciones y, sobre todo, la soledad del paisaje que la rodeaba. El graznido desgarrador de cientos de gaviotas le añadía al ambiente un aspecto inquietante. Pero, a medida que uno se aproximaba a la casa, no todo resultaba ser tan solitario y melancólico. Su interior había sido remozado con un gusto exquisito evitando la vetusta sobriedad de la antigua decoración. Los pesados cortinajes fueron substituidos por ligeros tejidos del color del marfil y, desde los enormes ventanales de la biblioteca se podían admirar las callejuelas serpenteantes del pequeño pueblo. Al pie de la breve colina se extendía el puerto de los pescadores protegido por un malecón, cuyos enormes bloques de granito verdoso lo separaban de una preciosa playita de arena blanquísima.

Mientras el carruaje discurría por el sinuoso camino que unas veces bordeaba el peligroso acantilado y otras se introducía en los páramos cubiertos de brezos morados, en el interior de la mansión multitud de doncellas bajo las órdenes

del ama de llaves daban los últimos retoques para recibir a los recién casados. Se abrieron de par en par las ventanas de todas las estancias. Se pulieron con esmero los viejos tablones de madera hasta dejarlos relucientes, y las diligentes mozas sacudieron las alfombras y las extendieron sobre la hierba hasta que recobraron su frescura original. Cientos de candelabros lucirían al atardecer con velas olorosas de cera virgen.

En el pequeño pueblo no se hablaba de otra cosa. ¡Por fin la vetusta mansión había vuelto a la vida! La gente sencilla parecía feliz, como si al abrirse de nuevo la vieja casona, el corazón de la villa hubiera vuelto a latir con renovada fuerza. Los pescadores preparaban sus aparejos para salir de pesca al amanecer, y observaban de hito en hito la casa de la colina, esperando ver alguna señal que les anunciase la llegada de sus actuales propietarios.

En el interior del carruaje, Alfonso seguía sujetando la mano de su joven novia, cuando de repente, después de un recodo del camino, apareció recortada en el horizonte la silueta ruinosa y triste de un antiguo castillo medieval. Los jóvenes la observaron, impresionados, porque la luz rojiza del atardecer parecía darle una vida de ultratumba a aquellas agudas losas que en su día debieron pertenecer a una fortaleza. Encaramados en la cima de la colina los restos se alzaban altivos y orgullosos y, probablemente, desde los antiguos torreones se podía observar, el pueblo, el puerto y el océano. Beatriz, instintivamente, se llevó la mano a su cuello y empezó a acariciar suavemente el camafeo; en realidad era un acto reflejo que repetía siempre que se sentía angustiada por algún motivo. Aquella mano seguía alguna lejana orden que provenía de la parte más oculta del corazón de la muchacha, y el suave movimiento de sus dedos sobre la imagen grabada sosegaba su espíritu inquieto.

Siguiendo su camino, el carruaje rodeó el castillo y se adentró de lleno en las sombras que las ruinas proyectaban. Los jóvenes esposos continuaron su viaje en silencio hasta que los últimos rayos de aquel sol de poniente alcanzaron la mansión que sería su destino. El fuego y el verdor de la hiedra que cubría parte de los muros le proporcionaban a la estampa un ligero temblor de vida. Alfonso abrazó dulcemente a su esposa y la besó larga y apasionadamente, y ella le devolvió aquel beso, pero su corazón pareció desbocarse. Sintió un leve estremecimiento. Y su mano comenzó de nuevo a acariciar el amuleto que pendía de su cuello.

Cuando llegaron a la casa, los recibió el servicio con inconfundibles muestras de cariño y respeto. Todo estaba perfectamente preparado para agasajar a los jóvenes desposados. Después de deleitarse con una exquisita cena, servida en el gran comedor, bajo la brillante y acogedora luz de decenas de velas amarillas, Beatriz le dijo a su esposo que estaba muy can-

sada y se retiró a su aposento. Cuando la muchacha entró en la habitación se encontró con Leonor –antigua ama de llaves de los padres de la niña que solicita, la ayudó a vestirse con su precioso camisón de novia y le cepillo los cabellos utilizando el cepillo que había pertenecido a su madre. Como era de esperar, la niña no la recordaba, pero agradeció mucho el cariño que el ama le mostró, y Leonor, al darle las buenas noches, le sonrió y le dijo que tenía la misma mirada verde y profunda de su madre. Sin embargo, no le desveló su secreto, si la joven no lo recordaba no sería ella la que osara entrometerse en la delicada memoria de su joven ama.

En mitad de la noche, Beatriz se despertó sobresaltada. Todavía no había amanecido y tardó unos segundos en orientarse, hasta que sus ojos se hicieron a la oscuridad de la estancia. Cuando la luz de la luna que se filtraba por los ventanales la ayudó a encontrar el camino, pudo ver a su marido que dormía junto a ella. Lentamente se calzó y se cubrió con una capa negra.

Ni por un momento, analizó lo que sentía, ni por qué lo hacía; su espíritu y su cuerpo siguieron simplemente el movimiento de sus piernas. Bajó al enorme y solitario vestíbulo, abrió la pesada puerta, y salió a recibir el frío aire de la madrugada. Poco a poco fue bajando despacio por el sendero que llevaba hasta el pequeño embarcadero que se hallaba solitario y huérfano de barcos, porque los pescadores habían sido todavía más madrugadores que la joven. Como una misteriosa sombra se paseó despacio por la orilla del puerto y se dirigió a la cercana playa. Una luz grisácea empezaba a iluminar las olas plateadas cuyo sonido aumentaba en intensidad.

La joven se detuvo durante unos segundos para descalzarse; hundió sus pies desnudos en la arena y dejó que estos arrastrasen su cuerpo mientras su mano acariciaba el camafeo de su cuello. Pero el espíritu de Beatriz y su verde mirada, volaban sobre el extenso mar que herido por los primeros rayos del sol emitía hermosos destellos de amatista. Cuando ya la franca luz

del amanecer había borrado las inquietantes sombras de la noche, y el mar recuperó su auténtico color azul verdoso, y la arena empezó a recobrar la vida y el calor, la muchacha se desprendió de la capa y la dejó caer sobre la arena. Casi en ese mismo instante, no demasiado lejos de dónde se hallaba, percibió la figura de un hombre que yacía boca abajo muy cerca de la orilla. Beatriz alzó graciosamente los bordes del camisón y aligeró sus pasos. Un escalofrío re-corrió su cuerpo. La figura era sin duda un muchacho muerto. Un cadáver cuyo rostro permanecía oculto bajo una mata de ensortijados mechones de cabello oscuro. La joven novia, muy despacio, se arrodilló junto al cadáver. Sujetó la cabeza inerte y apoyó sobre su regazo, después, muy suavemente, retiró los rizos negros que cubrían parte del rostro del muchacho. Durante unos segundos, la playa, el mar y los cielos quedaron suspendidos en un silencio negro y la angustiada joven posó la mano junto a su garganta, y comenzó a acariciar el camafeo... Otro segundo más, y profirió un grito tan desgarrador, que pareció silenciar el ruido de las olas.

Pasaron los minutos. La muchacha permaneció arrodillada junto al frío cadáver, sujetando su cabeza entre los brazos, como si hubiera querido devolverle la vida con el calor de su propio cuerpo. Mientras el viento, indiferente a aquel terrible drama, jugueteaba con sus dorados cabellos y el blanco camisón de la muchacha.

Cuando el sol ya había alcanzado su cenit, y su brillo intentaba inútilmente regalarle alegría a la solitaria playa, aparecieron en la lejanía las figuras borrosas de tres hombres. Sus gritos de alarma se adelantaban a sus pasos. ¡Beatriz, Beatriz! Reverberaban con desesperación las voces masculinas disolviéndose entre el graznido de las gaviotas y el clamor de las olas.

El joven novio, acompañado por un alguacil y un anciano marinero corrían desenfrenados hacia el lugar en el que se hallaba la muchacha. Alfonso parecía flotar sobre la arena como si estuviese viviendo una terrible pesadilla. Su mente no podía aceptar la extraña historia que el viejo marinero les había relatado...

Hacía muchos años, cuando la familia de la niña Beatriz decidió emprender aquel malhadado viaje a un país lejano, empezó a aparecer por la playa un niño solitario. El pequeño era huérfano de un marinero y, al morir también su madre, prácticamente todo el pueblo se encargó de cuidarlo. Durante los primeros años de su infancia el muchacho había sido compañero inseparable de juegos de Beatriz y ésta, cuando partió con sus padres, le había regalado un dije en forma de corazón que el niño llevaba siempre colgado alrededor del cuello. El niño a su vez le regaló a su pequeña amiga un camafeo con su propio rostro grabado, que era el único recuerdo que él tenía de su madre. Tras la desaparición de Beatriz, los caritativos habitantes de la villa redoblaron sus cuidados para con el pequeño huérfano, pero a medida que fueron pasando los años algo se quebró para siempre en su espíritu, y, a pesar de todo el amor recibido, el muchacho perdió la razón por completo. Su cuerpo sin alma deambulaba por las callejuelas o vagaba por la orilla

*del mar hasta que la noche y el sueño lo vencían,
y se quedaba dormido bajo las estrellas...*

Cuando los tres hombres alcanzaron el lugar donde yacía el cadáver e intentaron hablar con Beatriz que permanecía sentada junto a él, quedaron horrorizados al darse cuenta de que la hermosa mirada de la joven parecía vacía. Sus labios sonreían en silencio. Ambos puños fuertemente cerrados oprimían su pecho. Alfonso la abrazó con dulzura y la cubrió de besos. Después tomó las manos de su esposa y ella extendió los dedos y dejó al descubierto su precioso tesoro. Su pasado perdido. En una de sus manos se hallaba el camafeo con el niño moreno que siempre adornaba su cuello, y en la otra la pequeña miniatura de una niña rubia que Beatriz le había arrebatado al muchacho que yacía en la playa.

Alfonso tomó en sus brazos a su joven esposa y la llevó a su hogar. Ella, inclinó la cabeza

sobre su hombro y sonrió en silencio, mientras
unas lágrimas cálidas bañaban sus mejillas...

Madrid, diciembre de 2007